

INTRODUCCIÓN LIBRO JUAN CARLOS ECHEVERRY

Una sociedad se construye a partir de la tolerancia de diferentes convicciones sobre la verdad, sobre lo justo, sobre lo bueno y sobre lo divino. El marco institucional, ya sea en lo formal (la constitución y las leyes) o en lo informal (la cultural, los cultos, las tradiciones y los valores) es su andamiaje. Parte esencial de la estabilidad de dicha estructura son sus mecanismos para dirimir conflictos.

A lo largo del siglo pasado, se propuso a la revolución armada como el único mecanismo eficiente para la solución del conflicto de clases. En Latinoamérica, a partir de la revolución cubana, dicha creencia tomó especial fuerza. En casi todos los países del continente se gestaron movimientos revolucionarios, con la pretendida misión de destruir el marco institucional existente y edificar, sobre sus ruinas, un nuevo marco institucional, que -se suponía- lograría ser justo e igualitario.

El mundo había sufrido una transformación sin precedentes. Estas revoluciones, las que probablemente definan, para la historia, el siglo XX, tenían en lo económico el origen de sus grandes enfrentamientos. Tres cuartas partes del siglo estuvieron centradas en la lucha de clases, el conflicto entre el capital y el trabajo, entre el terrateniente y el campesino, entre el rico y el pobre. Irónicamente, los líderes de muchas de las atrocidades de las que el siglo pasado fue testigo tenían a la “Justicia Social” como su inspiración. La búsqueda, a través de medios violentos, de transformaciones económicas dejó sobre el planeta un enorme rastro de sangre y muerte.

Lo económico, de alguna manera, se tomó el escenario de lo político, por lo menos hasta el trágico y reciente episodio del 11 de septiembre de 2001. Los economistas, como nuevos protagonistas de las esferas del poder, voz y participación sin precedentes en la vida pública. Hoy a todos nos toca sufrir y procurar entender su jerga especializada. Un día es la inflación, el otro la tasa de interés, el fin de semana

la deuda, el *default*, las reservas, etc. Ni que decir de lo que me ha tocado a mí. Basta ver los titulares de los medios de comunicación: recesión, desempleo, crisis financiera, cambios en el régimen cambiario, cambios en el sistema hipotecario, modificaciones en las tarifas de los servicios públicos, alza de la gasolina, etc. Como decía Trotsky: *“Uno puede decir no estar interesado en la macroeconomía, pero uno no puede evitar que la macroeconomía se interese por uno”*.

Muy pocos colombianos escapan de esta sabia sentencia. La crisis del sistema hipotecario dejó a miles de familias ad portas de perder su bien maspreciado, su vivienda; el deterioro del sistema financiero estuvo al borde de convertirse en una crisis sistémica, crisis que, de haber ocurrido, habría obligado al cierre obligatorio de los bancos, la parálisis económica y la pérdida de incalculables cifras de dinero por parte de los ahorradores e inversionistas. También ha subido el precio de gasolina, del Acpm. Además, como lo mandaba la ley, se han venido desmontando los subsidios de los servicios públicos, aunque a menor ritmo que el inicialmente planteado. Por último, se está trabajando en el ajuste de los beneficios pensionales y las condiciones para tener derecho a la pensión. Y ni qué decir del flagelo del desempleo que desde 1996 ha azotado a cientos de miles de colombianos. Muchos de ellos perdieron su empleo o vieron limitadas el número de horas que podían trabajar. Los ingresos de sus familias disminuyeron y, ante la crisis del hogar, mujeres y jóvenes tuvieron que dejar los quehaceres domésticos o sus estudios para ayudar a generar algún ingreso familiar, o para ellos también engrosar las estadísticas como nuevos desempleados.

La macroeconomía ha golpeado con furia nuestras puertas. Los gurús han respondido con múltiples memoriales de agravios. Se han sugerido tantos responsables que la lista daría para una extensa novela. Bruja tras bruja quemada en la estaca y el hambre no desaparece, el empleo no mejora de una vez por todas y la incertidumbre perdura. Igualmente se han ofrecido las más variadas soluciones, desde revoluciones hasta pócimas mágicas que mejoran todo sin costo alguno. El

debate ha tenido mas de feria que de análisis. Lo que sí quedó claro es la preocupante falta de espacios para discutir, en los que el rigor sea el único criterio aceptado.

El oportunismo en el manejo de los debates no deja nunca nada bueno. Basta ver la desconfianza con la que se ha llenado los corazones de miles de compatriotas. Colombia es uno de los pocos países que tan sólo ha sufrido una crisis profunda en los últimos 70 años y, sin embargo, la sensación de desesperanza ha paralizado a muchos.

Sin duda, las medidas que se han tomado no han sido gratas, pero no conozco soluciones que no cuesten nada. Esto parece que no ha sido asimilado por nuestra sociedad. Será que no tenemos aún conciencia de que el colectivo, los proyectos comunes, la construcción de una nación, no surge de lo que cada uno toma para sí, sino, todo lo contrario, de lo que cada uno de nosotros aporta para el bien común. ¿Por qué será que muchas de las discusiones se centran más en lo que cada cual quiere que en lo que cada cual debe aportar? ¿Qué ha sucedido, para que las ilusiones de principios de los noventas se hayan desvanecido?

En cuestión de unos años se paso de la añoranza a la desesperanza. ¿Será que no hemos logrado nada como sociedad? ¿Será, que como algunos dicen, nuestras instituciones democráticas no son una conquista y fuente de orgullo, sino la razón de la crisis y el obstáculo para nuestro desarrollo?

No me cabe la menor duda: de todas estas duras experiencias muchas cosas buenas se aprenderán y buena parte de las respuestas a las preguntas que hago, pueden ser respondidas a partir de la experiencia reciente. Tampoco me cabe duda alguna sobre la importancia de nuestras instituciones y sobre la trascendencia de nuestras arraigadas tradiciones democráticas. Esto se vuelve más fácil de entender si antes se conocen bien los problemas, sus orígenes, sus posibles soluciones y las

restricciones existentes al momento de tratar de solucionarlos. Parte de esta historia reciente esta consignada en este libro. La historia del UPAC y su transición a la UVR; la evolución reciente del ahorro y la inversión; una explicación de la recesión del fin de siglo; el análisis del problema pensional, reflexiones sobre el conflicto armado, sus costos, su capacidad para destruir riqueza; la importancia del desarrollo institucional, etc., son parte de lo que el lector encontrará en este libro.

El doctor Juan Carlos Echeverry deja testimonio aquí de su aporte y su análisis en varios procesos complejos de toma de decisiones que conoció o de los que formó parte, y cuyos resultados han incidido en la vida nacional y en la de todos y cada uno de los colombianos. Si algo salta a la vista es la multiplicidad de fuerzas, negociaciones, acuerdos y concesiones que transforman un diagnóstico en una realidad. Ésta es sin duda la ventaja de un sistema no totalitario, de una sociedad sin una única verdad absoluta.

En dicho proceso de toma de decisiones, la pugna entre lo político y lo económico fue siempre protagonista. Pero, como todo buen enfrentamiento, nunca una fuerza buscó aplastar a la otra. Cada participante era conciente de la necesidad del contradictor, de la importancia del otro, del valor de entender los otros ángulos de los problemas y las otras formas de narrarlo. Como político, temprano en mi carrera aprendí el impacto electoral de los asuntos económicos. A su vez, mi padre, un buen conservador, desde muy joven me instruyó sobre la capacidad destructiva de los desajustes macroeconómicos. Por esto mi Gobierno buscó la colaboración de los mejores técnicos así como de avezados políticos. Entre el grupo de los primeros está, por supuesto, Juan Carlos Echeverry.

Juan Carlos ha colaborado en mi Gobierno desde sus inicios. Sus reflexiones, estudios, informes y trabajos han sido parte importante del proceso. Su trabajo, de origen particularmente técnico, ha sido un útil contraste para quienes tenemos experiencia en lo político. Sus fríos cálculos ayudan a enfriar acaloradas promesas

de soluciones oportunistas. Sin embargo, cuando estos eran demasiado fríos, Juan Carlos aceptaba la necesidad de buscar el ángulo menos dolorosos, entendía la urgencia de hacer ciertos procesos más pausados, siempre y cuando esto ayude a la sociedad a asumir los cambios que son necesarios.

Como él mismo lo dice en uno de sus ensayos: la economía, la ciencia lúgubre, no es más que una metodología para ayudarnos a ver las restricciones de la realidad, la intransigencia de lo que está limitado por lo posible.

Sin embargo, lo posible también está determinado por lo que nos atrevamos a soñar como colectivo. Esto no quiere decir manipular las variables económicas para juegos electorales. Todo lo contrario, me refiero más bien a entender lo que nos ha sucedido o, por lo menos, a buscar una explicación juiciosa de los hechos; a reconocer la trascendencia de decisiones como ahorrar e invertir. Sin duda, los colombianos estamos comenzando a comprender que un sacrificio hoy nos puede llevar a todos a un maravilloso mañana, pero el sacrificio no tiene que ser siempre dolor o pena. Éste puede ser el destinar más recursos a invertir en el país, en lugar de tenerlos en el exterior. También es el reconocer que culpas y culpables, hoy por hoy al orden del día, son inútiles si no se plantean soluciones realistas. Y también es el reconocer que una solución realista no es la que le impone al otro todos los costos del problema, sino la que los distribuye entre todos, de forma tal que cada cual pueda asumir su parte.

Las lecturas que a continuación los invito a estudiar son la libre opinión de un servidor público, de un hombre de las mejores calidades humanas y profesionales, que ha acompañado con sus luces un Gobierno que se la ha jugado por hacer una tarea económica responsable que ya está dando resultados.

No sólo estabilizamos tres de las principales variables macroeconómicas, como son la inflación, las tasas de interés y la tasa de cambio, de forma que la primera se ha

colocado en niveles de un dígito por tres años consecutivos, las segundas han bajado a niveles razonables y la tercera fluctúa libremente y sin sobresaltos, sino que también asumimos la dura tarea de efectuar las más importantes reformas estructurales para dar viabilidad a nuestro futuro económico, como la reforma tributaria, el ajuste fiscal territorial, la reforma al régimen de juegos de suerte y azar, y la reforma al régimen de transferencias territoriales, entre otras varias. Hoy el desempleo viene bajando en forma sostenida y sectores como el agro y la construcción, que estuvieron largamente deprimidos, se perfilan como los nuevos jalonadores de la economía. Queda, sin duda, mucho camino por recorrer, pero nadie podrá discutir que hemos cumplido con las tareas necesarias para enderezar el rumbo de la economía colombiana y encauzarla a mejores horizontes, recuperando además una gran credibilidad internacional.

Los trabajos que Juan Carlos presente en este libro son un aporte invaluable para entender el porqué de muchas de las medidas enunciadas. También deben servir para estimular a los lectores profanos en el tema a adquirir una básica formación en economía. Sólo así -si más y más personas en las que la macroeconomía se interesa, comienzan a interesarse por la macroeconomía- se podrá garantizar que el manejo económico oportunista de ciertos políticos deje de ser un costoso juego de dividendos electorales que al final acaban pagando todos los colombianos, sobre todo los más pobres.

La lección que, entre otras, nos deja este libro de Juan Carlos Echeverry es que no podemos contentarnos con ver cómo se aleja el futuro por no haber enfrentado el pasado. La economía es, también, el arte de construir quimeras sobre las bases de la realidad.